

La Semana Cinematográfica

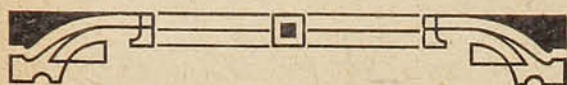


RUTH ROLAND

Año III :: Núm. 128

14 de Octubre de 1920

Precio: 60 centavos



No se case usted

A Captain.

Señor Scout:

Permítame decirle que se ha portado usted un poco injusto al dedicar sus enseñanzas y consejos únicamente a las lectoras de la Revista. Usted tiene también muchos lectores entre nosotros los jóvenes, que admiramos sinceramente su talento, su ilustración y la gracia y facilidad con que usted escribe. Lógico sería, pues, que de cuando en cuando nos hiciera el obsequio de dedicarnos algún artículo; y si usted es tan amable que consienta en hacerlo, ojalá que no olvidara que a nosotros, lo mismo que a las lectoras, los asuntos que más nos interesan son los que se refieren al amor, a la amistad, al matrimonio y, en general, a todas las relaciones entre las niñas y los jóvenes.

¿Desoirá usted estas justas peticiones, señor Scout? ¿Será usted solamente atento con las damas? No lo creo: a través de sus artículos se nota que es usted tan culto como atento y tan bondadoso como amable.

Tiene el gusto de suscribirse como su admirador y servidor,

CAPTAIN.

¡Ah, señor Captain! sabe usted pedir las cosas de un modo tan fino y tan irresistible, que en el acto he decidido complacerlo. No puedo menos de reconocer que tiene usted completa razón y que mi olvido es tanto menos excusable, cuanto que tengo lectores tan inteligentes, tan discretos y tan buenos literatos como usted.

¿Con qué desea usted que hablemos del amor y las mujeres?

Lo celebro mucho: no hay para mí un tema más grato que éste.

Lo único que siento es que no podamos hablar a solas, sin que ellas nos escuchen. ¿Pero qué hemos de hacerle? Ellas se impondrán de todo. ¡Siempre y en todas partes, estas deliciosas criaturas se colocan en situación de llevarnos la ventaja!

Le contaré que usted me ha caído muy en gracia, y para demostrárselo, voy a comen-

zar por darle un buen consejo: no se case nunca. Las personas intelectuales, como usted, no deben casarse. El amor las encadena, las anula, las mata. Hombre casado, es hombre muerto. El matrimonio está bueno solo para los seres mediocres, para los tumbantes, para los tontos y, en general, para aquellos que nada tienen de intelectuales. Me he formado, como le digo, muy buena idea de usted y no quiero hacerle tan poco favor que lo considere bueno para casado. Usted es sin duda un hombre del cual mucho tiene que esperar la humanidad, usted es un ser brillantemente dotado y no conviene que se vaya a anular, colocándose bajo la máquina aplanadora del matrimonio.

Más de una vez habrá oído usted en su corta vida, y digo corta porque, a juzgar por su letra, no revela tener usted más de veinte años, un adagio vulgar que dice: «te casaste, te amolaste». No hay nada más cierto. Un hombre de mérito se reduce a cero cuando se casa. Los únicos que nada pierden con el matrimonio, son los imbéciles, los sinvergüenzas, los borrachos, los jugadores, los desconsiderados, los crueles, los sin conciencia y, en una palabra, los que no tienen nada que perder. También les conviene el matrimonio a los viejos y a los enfermos y muy especialmente a los idiotas y a los que no tienen un cobre en el bolsillo y se reconocen incapaces de ganarse la vida. Los enfermos tendrán así quien los cuide; los viejos, quien les dé calor en el invierno, y los otros, quien los vista y les dé de comer. Igualmente deben casarse los comerciantes, para que tengan quien les ayude a vender, y los agricultores, para tener quien les saque la leche y les aplane los quesos.

Un poco de extrañeza voy notando en su semblante, mi estimado amigo. ¿Es que usted cree tal vez que exajero?

Nó; piense usted un poco, y verá que yo tengo completa razón. Lo único que hay es que estas cosas, aunque muchos las piensan, son muy pocos las que se atreven a decir las. Yo tampoco las diría, si no fuera que me ha caído usted tan simpático y que me he propuesto ayudarlo a penetrar estos misterios.

¿Pero por qué, me dirá usted, por qué ha de ser tan funesto el matrimonio para los intelectuales? Se lo voy a explicar.

Las mujeres, como usted lo habrá ido comprendiendo en los años que ha vivido, son seres muy adorables... Sí, adorables...

de lejitos... pero de cerca, son una calamidad. Viven llenas de enfermedades, de exigencias y de necesidades. Nada pueden hacer por sí solas. En todo tiene que andar el marido. Hacerse de una mujer, es hacerse de una carga muy pesada. No sólo hay que alimentarla y que vestirla, sino que también hay que distraerla, que pasearla, que lucirla. Si uno no lo hace así... ¡pobre de uno! Ahora bien; los hombres de corazón, los hombres delicados, los hombres de conciencia, tratarán de hacer todo eso en beneficio de sus mujeres, por darles gusto, por amor, por condescendencia, por compasión y hasta por conveniencia. Ellos, que eran libres como el aire y que necesitaban de su libertad para estudiar, para escribir, para pensar, para dar realidad a sus proyectos, se encontrarán de repente atados de pies y manos, cosidos a unas delicadas faldas y con menos libertad que la que tiene un edecán al lado del Presidente de la República. El que había nacido para mandar y para asombrar al mundo, toma un puesto secundario al pie de una hermosa dama, muy elegante, muy cortejada y muy encantadora. De hombre libre, pasó en el acto a esclavo. Esclavo voluntario, es cierto, pero no por eso menos esclavo. Y esto es nada. Vienen en seguida las complicaciones de la casa y los cuidados de la familia, y esto concluye de dar a nuestro hombre el golpe de muerte. Si es escritor, dejará de escribir; si es pintor, dejará de pintar; si es pensador, dejará de pensar, y si es filósofo, dejará de filosofar, o a lo más, filosofará amarga y tristemente, lamentando el momento en que tuvo la desgraciada idea de casarse. Y entonces hará, sin duda, sentencias como aquella de «te casaste, te amolaste». Y con qué pena recordará entonces nuestro joven sus días de libertad y soltería. Adonde quiera que iba, en ese dichoso tiempo, era recibido en la palma de la mano. Le ponían buena cara las suegras y le sonreían las chiquillas. Si iba a balcón en las tardes al Splendid y llegaba atrasado, más de algún asiento encontraba, al lado de alguna niña bonita, reservado como por casualidad, por un manguito o por un sombrero puesto distraídamente encima. Si iba a los bailes, si iba a la Alameda, si iba a la Plaza, un batallón de ojos negros, verdes, azules o pardos lo seguían al pasar. A donde llegaba causaba sensación. ¡Qué delicia! ¡Qué vida regalada!

¡Y todo aquello perdido para siempre! Y perdido por la gran tontería de casarse. Ahora, nadie lo recibe, nadie lo toma en cuenta, nadie le sonríe, nadie lo mira, nadie le guarda asiento: ha pasado a ser un cero a la izquierda. ¿A la izquierda de quién? Pues a la de ella; ella, a la que hay que vestir, a la que hay que alimentar, a la que hay que cuidar, a la que hay que distraer, a la que hay que pasear, a la que hay que lucir.

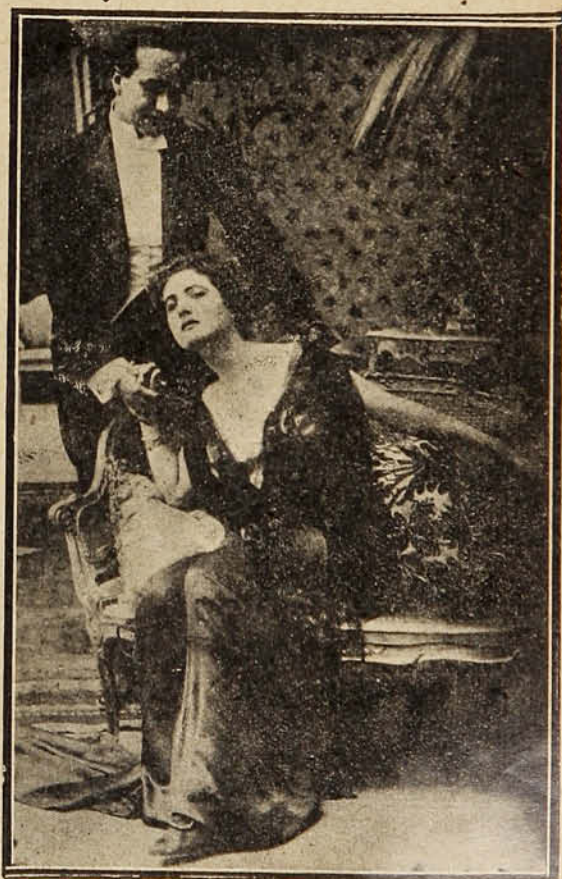
Y tantas otras cosas, mi querido amigo...

Pero basta por hoy. Confórtese con saber que usted es de la pasta de los que no deben casarse. De manera que no se deje atrapar.

Otra cosa. Tenga cuidado de no mostrar este artículo a nuestras dulces enemigas, porque si llegan a enterarse de él, vamos a pelear con todas.

En todo caso, cuente con su amigo

Scout.



La célebre pareja Francisca Bertini y Gustavo Serena